

no podeis evitar el pólen que llevan las brisas desde el cogollo de un árbol á otro para fecundarlo; como no podeis deshacer la tempestad que se condensa ni el huracan que se desencadena; como no podeis interponeros en los espacios para evitar que la luz de unos astros se comunique, á través de la inmensidad, con la luz de otros astros; no podeis, no, oponeros á la difusion de las ideas nuevas, á las trasformaciones de la conciencia universal, á los rayos de luz que despide la palabra humana, al vuelo rápido del pensamiento, á la comunión sublime de las inteligencias, á todo este cambio á que llega el Universo moral en sus grandes y maravillosas revoluciones, las cuales tienen una eterna y eficaz virtud de renovacion y de progreso.

Todos estos grandes actos ejercen sobre las conciencias un poderoso y verdadero influjo. La claridad con que estaba el nuevo dogma formulado, y la entereza con que lo habian sus defensores mantenido, desconcertaba la resistencia de la reaccion é impelia las esperanzas de los revolucionarios. El Elector de Colonia, el conde palatino Federico, el duque Erico de Nuremburgo, los duques de Pomerania, declarábanse á una por la nueva fe. En cambio los mas poderosos valedores de la ortodoxia antigua, como el obispo de Augsburgo y como el soberano de Baviera, dolíanse de los escasos argumentos opuestos por la antigua á la nueva fe. Lutero, á quien sus encontradas emociones le cambiaban el humor con frecuencia, solia decir unas veces que la Dieta, embargada por los asuntos políticos, iba en seguida á dar de mano á los asuntos religiosos, concluyendo sus sesiones cómicamente, ó sea, en muchas apostasías, y de lo contrario, trágicamente, ó sea, en muchas persecuciones, al ver aquella inesperada escena, entonó verdadero canto de triunfo, con la elocuencia profética que le caracterizaba, y comunicó á los suyos, en las expansiones de su ánimo gozoso, un verdadero y profundo regocijo. Las esperanzas crecieron tanto, que los reformadores llegaron á creer hasta en la adhesión del Emperador Carlos V. En balde algun secretario de Estado llegó á proponerles que compraran por dinero á los obispos italianos de la comitiva del Emperador; en balde algun sagaz privado llegó á decirles que, rodeado el César de tantos eclesiásticos, no podia sustraerse á la autoridad y á la obediencia del Papa; la esperanza, con sus tenacidades y sus ilusiones, les imponia otra creencia; y en su candor, aguardaban rescripto favorable á sus ideas.

Los obispos, los monjes, los teólogos de todas las escuelas corrian á soplar en los oídos del Emperador palabras siniestras y á pedir represión fortísima; como si todo cuanto pasaba no les persuadiese de la inutilidad de sus procedimientos.

Pero el Imperio, cuerpo del Catolicismo, brazo de la fe, no podia vacilar en la defensa de una causa, la cual, en el fondo, resultaba su propia y antigua causa. Así, antes de dar los golpes mas decisivos, comenzó por mover las voluntades mas débiles, como la voluntad de las poblaciones protestantes; y cuando ni siquiera sobre estas pudo cosa alguna, resolvióse á reunir á todos los enemigos de la nueva Iglesia para pedirles consejo sobre los medios mas conducentes á perseguirla y exterminarla. Tres opiniones aparecieron al resolver puntos de esa trascendencia; la opinion de los papistas, que demandaban la fuerza coercitiva y la represión inmediata en nombre de la autoridad del Papa; la opinion de los imperialistas, que para exaltar al Emperador y poner sobre todos los poderes el Imperio, exigian un tribunal que examinase el asunto y sometiese su fallo á la suprema voluntad cesárea; y la opinion de los teólogos que pedian como recurso mas eficaz y espiritualista una refutación dogmática. Donde quiera que se reúne una de las colectividades sociales, inmediatamente estallan las diversas complejiones que diversifican y varían la unidad fundamental de nuestra naturaleza. Así resultaron, inmediatamente que se reunieron, hasta en aquel conciliábulo de ortodoxos exaltados los temperamentos de moderación y los temperamentos de violencia que objetivan las diversas aptitudes y las varias inclinaciones individuales en toda colectividad. Por fin prevalecieron los mas exagerados, como suele siempre suceder en todas las causas perdidas; y los pactos y las transacciones cayeron en absoluto menosprecio. Por su parte persuadióse el Emperador á creer que ni á vista del peligro transigia el Papa, y le daba las facultades casi eclesiásticas que, en sus aspiraciones á la omnipotencia, acariciara. Y entonces comenzó él mismo á retroceder y á pactar.

La primera cuestion propuesta por Carlos V, despues de malogradas sus maniobras para captarse la omnipotencia religiosa, referíase á la autoridad moral y á la jurisdicción teológica, que pudieran los dos partidos reconocerle y atribuirle. ¿Puedo llamarme yo juez en estas discordias? preguntaba. Indu-

dablemente, decían los luteranos, con tal de no decidir cosa alguna contra la doctrina de Cristo; é indudablemente, decían también los ortodoxos, después de haber opuesto tantas dificultades dogmáticas, para captarse sin duda la buena voluntad del Emperador y exacerbarle contra todos los reformadores. Este homenaje, prestado por la Iglesia al Imperio, á pesar de sus tardanzas y de sus reservas, impulsó más á Carlos V en su guerra á muerte con la nueva idea. Una coincidencia, sin embargo, vino á perturbar un tanto la claridad de las situaciones y la lógica de los sucesos. Carlos V amaba mucho á todas sus hermanas, las cuales indudablemente reunían á los talentos de sus abuelos ilustres, los Reyes Católicos, algunas de las extravagancias habituales en su madre doña Juana la Loca, aun mucho antes de que se le declarase la locura. Entre estas hermanas de Carlos V descollaba doña María, mujer del Rey de los húngaros Luis, muerto gloriosamente en heroica, si bien adversa batalla, mantenida contra los turcos. En este horrible trance Lutero mandó á la desolada viuda las traducciones de los salmos; y Erasmo le dedicó el «Tratado de la viudez.» Así, poco á poco, sin conciencia casi de su cambio é indeliberadamente, María llegó á inclinarse por completo hácia las nuevas ideas, en las cuales hallaba para su corazón lacerado el bálsamo de profundos y perdurables consuelos. Reunía la hermana del Emperador á este misticismo, natural en los neófitos, el culto á la naturaleza. Los retratos de aquel artístico tiempo nos la presentan de continuo en traje de caza, lo cual da la razón de haberla llamado sus contemporáneos la pía cazadora. En efecto, después de correr por los campos y de saltar por los vallados, sobre el tróton rápido como los vientos, entre los clamores de los monteros y los ecos de las trompetas y los gritos de los adiestrados halcones; después de haber visto las reses sometidas por el diente de los perros ó atravesadas por los tiros de los mosquetes; ansiosa por trocar las mismas guerras que acababa de encender, en paz y recogimiento, perdíase, sola, en las oscuras selvas; y allí, al olor de las florecillas ocultas en el heno que exhalan como natural incienso, y con el acompañamiento de las aves dispersas por las ramas que entonan himnos sin fin; dábale á la lectura de los salmos bíblicos y á la meditación de las nuevas ideas religiosas. Esta princesa celebraba en su alojamiento los divinos oficios, sin que su hermano osase prohibírselo; y esta celebración movía fuer-

temente al conciliador Melancton á considerarla como intermedio de concordia entre las dos confesiones. Y efectivamente, horas solemnes hubo de tal suerte trascendentales que pudieron decidir la ruina inevitable de la nueva idea. Melancton llegó á los últimos términos de las concesiones posibles, á pesar de las protestas de Lutero. Y si la idea tradicional, cerrándose herméticamente á toda transformación y progreso, no hubiera opuesto incontrastable negativa, cuando más necesitaba de espíritu conciliador, quizás, por la debilidad del plenipotenciario, se hubiera perdido y malogrado la formidable causa de la Reforma ó detenídose por lo menos la marcha victoriosa de la revolución.

Por fin apareció la refutación, dada por los ortodoxos á los protestantes. Jamás se vió ninguna obra de polémica tan mal inspirada. En vez de oponer una idea á otra idea, desatábanse los teólogos romanos en atroces injurias contra los teólogos reformadores. A la exposición clara respondían con los distingos sutiles y las confusiones dogmáticas. Lutero, valiéndose de esa felicidad de frase que le distinguía, calificó de esta suerte gráfica y feliz á sus adversarios: «Como los malos carpinteros malgastan mucha madera, malgastan mucho papel los malos escritores.»

Cuando Carlos V recibió la refutación, quedóse como estupefacto; y no pudo menos que medir con tristeza la inmensa distancia entre la sencilla y elevada expresión de la nueva idea y las abigarradas amplificaciones que sus defensores empleaban para contradecirla y negarla. Leyóla con la pluma en la mano; y borró tantas palabras, puso al margen tanto número de observaciones que solo doce cuartillas quedaron limpias, entre las numerosas que componían aquel escrito, rehecho, corregido, enmendado de mil maneras diversas, recompuesto, renovado, vuelto y revuelto para que pudiese decentemente leerse en una asamblea, por cuyos espacios vagaban aun los sublimes pensamientos que componían el fondo de la maravillosa confesión de Augsburgo.

Carlos comprendió bien pronto que, en el combate dogmático entre las dos ideas, llevaba, por culpa de los teólogos ortodoxos, el Catolicismo la peor parte, y lanzó las armas espirituales completamente melladas para blandir la material y afiladísima de su autoridad soberana. Perdido todavía en el sen-

dero de las negociaciones diplomáticas trató de vencer individualmente á los príncipes, venciéndolos uno á uno, ya que no habia podido vencerlos en público y en conjunto. Cárlos creía que, ante el pueblo, en el seno de las asambleas, bajo la mirada sagaz y avizora del público, entre los aplausos y las censuras generales, suele sucederles á los estadistas lo mismo exactamente que al militar le sucede allá en el campo de batalla, entre el estruendo de las armas, el grito de los clarines y redoble de los tambores; cuando las grandes masas chocan, cuando los heridos caen, y el humo y el polvo, y el entusiasmo y la cólera quitan hasta el mas poderoso de nuestros instintos, hasta el instinto de conservacion; y á ciegas impelen y arrastran á la muerte. Y sin embargo, si friamente y en secreto y en silencio desafiáis á uno de esos hombres, tan valerosos en público, acaso no encontréis el heroismo que ha empleado en los épicos y fragorosos combates. Llevado de estas reflexiones, Cárlos diputó varios enviados suyos á los cabezas y jefes de las contrarias huestes, prometiendo grandes favores al pobre marqués de Brandeburgo, la investidura electoral y favorables matrimonios para sus hijos al Elector de Sajonia, ofertas análogas á todos los disidentes, sin hallar otra debilidad que la inspirada por la tristeza de desagradarle, mucho mas intensa que el miedo á sus rigores, los cuales desafiaban por amor á la fe con sencilla pero indomable constancia. Cárlos V sintió la herida que le abrian en el pecho, y á este sentimiento de dolor siguió la lucha con aquellos vasallos mas dóciles al consejo de la propia conciencia que al mandato de la autoridad imperial. Allá, por fines de julio, sentado en su solio que resplandecía como un santuario celestial, vestido con traje que costaba doscientos mil ducados de oro, invistió á varios príncipes con las insignias de su dignidad, y dejó sin ellas al Elector, quien no recibió ni una sonrisa de los labios ni una mirada de los ojos de su soberano en los largos y agitados meses de tan procelosa Dieta. Juan de Sajonia contaba sus fuerzas y las ponía en frente de las fuerzas del Emperador; medía la extension de su reino y la parangonaba con la extension del Imperio; contaba sus soldados y contaba al par los soldados imperiales; y viéndose tan chico en frente de poder tan alto, ponía en la fe interior toda su fuerza y declaraba que podría el poder imperial infligirle á su grado los tormentos del martirio, pero no los baldones del perjurio.

Ya puede comprenderse, en vista de esto, el deseo de conciliacion que asaltó á Melanchton y su empeño en evitar á toda costa un combate armado, que podía ensangrentar y perder á Alemania. Entre sus enemigos, el Pontífice aun armado de sus rayos, el clero aun arraigado en las supersticiones tradicionales, el Imperio con toda su extension que cubria el planeta y con toda su fuerza material que semejava una fuerza ciega de la naturaleza, la alianza de reyes tan poderosos como Francisco I y Enrique VIII con César tan magno como Cárlos V, las espadas del rey de Bohemia y del duque de Baviera, los odios del sajón Jorge, la cristiandad casi en su conjunto; mientras á su favor solo tenia la palabra de Lutero abrumado por un edicto tan terrible como el edicto de Worms y el entusiasmo de unos cuantos príncipes humildes amenazados en su soberanía é incapaces de medir sus fuerzas en la próxima guerra, cuyo prévio relampagueo enrojecia hasta los cielos, con tantos y tan formidables titanes. Por consecuencia, el piadoso y compasivo Melanchton trató de evitar esta desigual batalla, aunque, en los preliminares de su titánico trabajo, hubiera de ofrecer en holocausto hasta la integridad de su conciencia. Perteneciendo á ese linaje de mortales, que desean el progreso sin sacudimientos, y que retroceden espantados al ver cómo toda grande renovacion, que suele mejorar á la especie humana, devora implacablemente á los individuos, trató de impedir, si era preciso, hasta la Reforma misma, para impedir los dolores y los desastres, que iba bien pronto á traer á su patria y las sombras y las maldiciones que iba para siempre á dejar en la historia. Luego, no hay que equivocarse; para las almas tiernas, para las que tienen el hogar por templo de sus oraciones, la familia por parte integrante de su vida, los recuerdos de los primeros años por poesía inextinguible del alma, las ideas recibidas en la primera crianza por una verdadera religion, nada tan penoso como abandonar la Iglesia donde se exhalaban las primeras oraciones, el altar á cuyos piés se pusieron las primeras ofrendas, las efigies sacras de quienes se aguardaban los favores celestes, las fiestas piadosas que sacan á la Virgen Madre coronada de estrellas por calles y plazas en esas procesiones, cuyos recuerdos se mezclan á todas las alegrías y á todas las tristezas de la vida y cuyas inspiraciones dan como alas á nuestro espíritu para discurrir y volar por las cumbres vertiginosas de los eternos ideales.